

nunca el corazón, y oyó un acento cariñoso, el de Lola, que le preguntaba temblando, muy bajito:

—¿Hace mucho que estás ahí?

La voz de Lola, vibrando en el oído de Miguelito Cruz al cabo de tantos meses, le produjo un efecto inefable; sintió en el pecho como un rebosamiento de ternura; tuvo impulsos de arrodillarse delante del ventanillo, y con el rostro transfigurado por la luz sutil y tenue de la alegría replicó:

—¡Muy poco!...—Y añadió después:

—¡Bendita seas por tu condescendencia; no sabes lo que anhelaba volver á oír tus palabras.

Entonces Lola, á través del ventanillo, respondió con un acento infiltrado de adoración infinita:

—¡No me bendigas tan ligero, que también lo he hecho por mí!... ¡Tenía ya unas ganas rabiosas de hablartel!...



CAPÍTULO XIV



Es una verdad venerable que el amor no puede permanecer escondido. Miguelito Cruz, lleno de la imagen de Lola, no vivía sino en el Viaducto, frente al balcón de su casa, ó en la meseta de aquel adorado piso tercero, charlando con su novia y convirtiendo el trozo de la escalera en algo como el rincón de un nido. El estudiante que era tragón, se tornó en desganado y le huyó el apetito voráz; fué enflaqueciéndose y chupándose; perdió el color sano de la adolescencia, disfuminándosele por el

rostro esa palidez que presta al semblante la obsesión continua del cerebro; á él, tan recogido y aquietado, le faltaba ahora tiempo para comer y marcharse; nunca salía por la noche, no siendo al teatro; de pocos meses atrás íbase todas ellas por ahí, por esas calles, á dar barzones, sin rumbo fijo; el hogar se le echaba encima; andaba abstraído, como sonámbulo, sin mirar á nadie y sin que se diera cuenta llevábanle los pies pián, pián, hacia el Viaducto; ni él mismo se explicaba lo que le conducía allí á tales horas; nada; el sentirse más cerca de Lola; el contemplar desde el puente el reflejo de la luz de su cuarto; el adivinarla cosiendo y pensando en él... ¡Cuánto le complacía hundirse luego en las oscuras cercanías de Palacio!... Había llegado al período febril en que todo es sombra fuera de la mujer querida...

La madre de Miguelito Cruz adivinó bien pronto lo que le acontecía. Chocáronle el desasosiego y la preocupación del mozo, su falta de apetito, su tristeza; le preguntó si se encontraba enfermo, si le pasaba algo... ¡Nadal...

¡Nunca se había sentido tan bien!... Pero se turbó al contestar y escondió la vista. Siempre que la discreta señora entraba en el cuarto de su hijo, se le encontraba escribiendo... Eran apuntes de cátedra, según él; pero es el caso que las notas estaban tomadas en papel de cartas, y por entre las hojas del libro que Miguelito Cruz se ponía delante, en el pupitre, para disimular, asomaba á veces el pico de un sobre. La madre del estudiante le registraba los bolsillos al limpiarle la ropa, pero al pícaro no se le olvidaba nunca nada que le descubriese. Un día, sin embargo, entró en su casa y no se acordó de quitarse del ojal de la cazadora un capullo que Lola le dió por el ventanillo. Cuando quiso remediar la distracción era tarde; Miguelito Cruz había abominado siempre semejante costumbre. Su madre no necesitó más para convencerse de que su hijo estaba enamorado. Llegó en estas el mes de Junio, y el muchacho, en lugar de pasarse todo el día estudiando como en el curso anterior, no parecía por su casa sino á las horas

de almorzar y comer, hasta un punto tal, que á su mismo padre hubo de chocarle tan grande callejeo no habiendo clases y en vísperas de ser examinado... ¡Es que iba á repasar con un compañero!... Pero la madre de Miguelito Cruz no se tragó la pildora: habló á su marido, y éste, alerta ya, se propuso averiguar lo que tuvieran de cierto las conjeturas de su esposa, sin decirle á él una palabra.

Miguelito Cruz habíase prometido muy formalmente no faltar nunca á las aulas y estudiar sin descanso para arrancar cuanto antes á Lola de la tutela de su madre. Pero sucedió lo que sucede siempre; una mañana y otra y otra, embelesado con la presencia de la niña, que se asomaba á cada momento al balcón á la vez que limpiaba su cuarto, se le pasó la hora é hizo novillos; muchas tardes salía doña Felipa, había ventanillo y adiós Universidad y asignaturas; en cuanto al estudio, de tal suerte le podía la imaginación, que en todas las líneas de las obras de texto leía Lola Lola Lola... y aunque se esforzaba por reconcentrar el pen-

samiento se le iba en busca de su novia huyendo de aquella antipática ciencia. Llególe, pues, su turno en los exámenes y á pesar de la vela rizada que la madre del mozo le encendió á la Virgen y de las salves que Lola le rezó al acostarse aquella noche, salió Miguelito Cruz mal de las dos asignaturas en las que tuvo la osadía de presentarse; sus mismos compañeros reconocieron la justicia de la pena; no había contestado una jota. Cuando el pobre estudiante vió su nota de suspenso se quedó frío; era el primero que obtenía. Su primer impulso fué mentir y ocultar el descalabro, pero además de repugnarle el infundio ¿cómo se las iba á componer con la papeleta donde constaba la calificación obtenida? Suponer su pérdida trascendía á la legua á excusa y era incapaz de borrar el suspenso, como alguno de sus discípulos pensaba hacer, por medio del cloro, para sustituirlo con un aprobado suplantando la letra del secretario del tribunal. Decidióse, pues, á confesar su caída, y mustio y caviloso entró en su casa y

enseñó á su padre el papelito fatal; su padre lo leyó impasible, con una calma que asustó al pobre muchacho y no le dijo palabra; Miguelito Cruz huyó desde allí al Viaducto en busca de una frase de consuelo, seguro de que Lola le tendría conmiseración y quiso su suerte que doña Felipa saliera aquel día, por lo que el mozo se lanzó por las escaleras en cuanto la buena señora se marchó á la calle.

Lola conoció enseguida lo que le pasaba; pero su cariño era muy hondo y muy puro para reconvenir á su novio en lo más mínimo. ¡Qué le iban á hacer!... ¡En Septiembre saldría aprobado y no perdería el curso!... ¡Cualquiera tiene una caída!... En el amor hay siempre algo de culto religioso; todos los amantes se consideran mutuamente sagrados é impecables. Lola quiso echarse á sí propia la culpa del suspenso; ella le había entretenido; ella le distraía, faltaba á clase por verla... El rechazó indignado semejante especie... ¡Tenía buena memoria!... Precisamente ella le sermoneaba de continuo para que no dejase

nunca de asistir á las explicaciones, y sabía mejor que él las horas de cátedra. ¡Nada!... Si lo ocurrido era muy sencillo... á cualquiera le acontece... El sabía poco, sí, pero sabía para sacar el aprobado... Pero el Auxiliar de la asignatura le tenía *tirria*, por no sé qué contestaciones duras de Miguelito, una vez que el numerario no fué á la Universidad, y *dió* el Auxiliar la clase; los otros dos jueces eran opuestos en ideas, uno hegeliano, otro escolástico... y ¡claro!... Si complacía á uno descontentaba á otro. Lola no entendió jota del por qué del suspenso; pero Miguelito Cruz lo decía, y para ella quedó como indudable que su novio había sido víctima de una injusticia monstruosa.





CAPÍTULO XV

HABÍA llegado el mes de Julio. Demetrio hizo su balance semestral, operación que le facilitaba luego el arqueo de fin de año y sacó en consecuencia que el comercio se sostenía con desahogo de su venta propia, y que existía en caja un sobrante permanente que le permitía llamarse rico. Sólo le faltaba para ser feliz que Lola le correspondiese y contestase á su carta, pero... ¡ni por esas!... El tiempo se tragaba con su voracidad senil días y días; Demetrio continuaba yendo á casa de doña Fe-

lipa los jueves por la noche; la madre de la muchacha le recibía punto menos que abiertos los brazos y Lola á su vez le atendía con amabilidad sonriente, pero al hablarle se le mostraba con una indiferencia glacial, como si ignorase las pretensiones que él alimentaba y el fuego que ardía en su pecho. En alguna ocasión, á pesar del exquisito cuidado con que Lola procuraba esquivar las oportunidades favorables á Demetrio, cualquier salida de doña Felipa á otra habitación, sus mismas cabezadas, la dejaban indefensa y á merced de las palabras del comerciante. De sobra comprendía Demetrio que debía insistir tenazmente hasta obtener respuesta á su declaración, pero aquella diosa de hielo le imponía de tal manera que le faltaba el valor para hablarla y permanecía á su lado silencioso, con un torbellino en el corazón y con la lengua atada, por su timidez. ¡Es capaz de embucharse mi carta!... pensó Demetrio con un apuro infantil y entonces sintiendo que Lola no pensaba contestarle y que él no se atrevería jamás á

decirle esta boca es mía, con la docilidad y la persistencia del agua mansa que no salta nunca el obstáculo, pero que le sortea y busca otro camino á su corriente; se fijó en la madre y se propuso exponerla sus propósitos y descubrir por entero sus aspiraciones para que ella influyese en la voluntad de su hija.

Decidido á cambiar de sistema esperó Demetrio una coyuntura para interpelar á doña Felipa y abordar la cuestión, pero él quería entenderse con la madre de Lola, de suerte que ésta no se enterase de lo que él maquinaba, y no había por tanto que pensar en hablarle á la buena señora en su domicilio. Casi todas las mañanas entraba doña Felipa en el comercio de Demetrio á comprar cuantas telas y trapos necesitaba; en total se llevaba la cicatera mujer media vara de percalina, dos cuartas de lienzo, cualquier menudencia, pero ello le daba pretexto para sentarse á descansar un ratito y soltar la hebra interminable de su charla. Los dependientes de Demetrio trataban ya con cierta familiaridad á doña Felipa y el roce continuo,

y la acogida casi adulatora que el comerciante encontraba en su locuaz amiga, le daban grandes ánimos para ponerse al habla con ella.

Un día doña Felipa entró en el comercio de Demetrio á escoger percales; eran las doce de la mañana; los dependientes habían subido á comer y Demetrio se hallaba sólo en la tienda, inclinado sobre el mostrador y leyendo un periódico. Al ver á doña Felipa se irguió y corriendo á coger una silla con el apresuramiento afectado y servil de la clase, le dijo amablemente:

—¿Cómo le va á usted, señora mía?... ¡Siéntese aquí, fuera de la corriente de aire, que viene usted sudando!...

Doña Felipa se sentó respirando con el ruido de una foca y, dejando el portamonedas en el mostrador, comenzó á abanicarse con furia. ¡Qué calor hace hoy!... exclamó limpiándose el sudor con el pañuelo; después un poco más descansada, añadió dirigiéndose á Demetrio:

—¡Vamos á ver esas telas de que me habló usted el jueves!...

—¡Yoy á enseñárselas en seguida!— dijo Demetrio saltando el mostrador á la torera con la agilidad de un mono. Después, tira de aquí, tira de allá, hundiendo las manos en los anaqueles, comenzó á sacar piezas de percal; en un momento hacinó al alcance de doña Felipa una barricada de género, y tomando el más próximo lo volteó, des- arrollándolo con un movimiento de molinete, izó dos ó tres varas plegán- dolas con mucha coquetería, y soste- niendo en alto el bullón con la mano izquierda, exclamó á la vez sonriendo á doña Felipa con la más exquisita amabilidad:

—¡Vea usted este percall! ¡Mírele us- ted de lejos!—y lo retiró tres ó cuatro pasos.—¿Dígame si no parece de sa- tín? Es de la más alta novedad, de lo último que se lleva en París hoy día. Color melocotón en dulce.

Doña Felipa le examinó cuidadosa- mente, lo palpó, midió su anchura con la manaza abierta y movió dos ó tres veces la cabeza como asintiendo las palabras del tendero. Demetrio soltó aquella pieza, agarró otra, tornó á

desenvolver unas varas y volvió á pre- sentárselas á doña Felipa en artística plegadura, con intención de deslum- brarla.—¡Vaya una cosa elegante! Es- taba haciendo furor!... ¡Era el color de moda para trajes de playa: el de fon- do retama seca con florecitas de majo- lero!... ¡Qué molestia ni qué ocho cuar- tos!... Doña Felipa estaba en su casa, y Demetrio se complacía en servirla... Había más, ya lo creo... ¡Iba á verlos todos!... El comerciante continuó sa- cando telas, mientras Doña Felipa, deslumbrada por aquel aluvión de tra- pos, reflexionaba que todo podía ser suyo con que el corazón de Lola se ablandase; Demetrio, á su vez, pensa- ba en sus adentros que no debía des- perdicar una ocasión tan propicia para soltarle sus proyectos y sus aspiracio- nes á doña Felipa. Pero el pobre dia- blo no encontraba en su turbación manera alguna de encauzar el colo- quio, y en vano se desmadejaba los ses- sos, buscando un portillo por donde entrar en materia.

Doña Felipa escogía mientras seis ó siete telas, y señalándolas una por

una, preguntó á Demetrio:—¿A cómo es la vara de éstas?...

Demetrio, olvidando de pronto la amistad con doña Felipa, sus proyectos amorosos, todo lo que ambicionaba dejó paso en su espíritu al comerciante de pura sangre, y dijo, sin declarar el precio:

—¡Cuántas varas va usted á llevar!...

Doña Felipa echó la cuenta con ayuda de los dedos, y replicó, balbuciente y como dudando:

—¡Si no falla mi cálculo, necesitaré lo menos treinta!... ¡Son dos vestidos!... ¡Uno de calle para Lola, y otro de casa y de mañana para mí!... En fin, eso ya ella lo dirá... Pero ¿y el precio?...

—¡Bah!... No regañaremos—repuso Demetrio, en tanto que masculaba en lo profundo de su mente: ¿cómo empezaría yo el melón?...

—¡No, no!—replicó chillando y riendo doña Felipa.—¡Quiero saberlo antes!

—¡Puesto que usted se empeña!... ¿Pero es que no quedaríamos amigos?...

—¡Ya está usted bueno!... ¡A ver!... ¡Suéltelo de la bocal!...

—¡Pues, por ser para usted, se lo pondré á cinco reales la vara!...

—¡Echa!... ¡Echa!...

Volvió á asomar el comerciante. Demetrio cogió la tela, la zarandó, la hizo crugir estirándola repentinamente, y luego dijo:

—¡Vea usted que es un percal que parece seda, legítimo francés, y ya puede usted lavarlo sin temor de que se despinte!...

—¡Sí... Sí!... Pero es menester que sepa usted que de todas maneras es muy caro!...

—¡Bueno!... ¡Ya nos arreglaremos!... ¿Va usted á llevarlo ahora?

—¡No, córteme unas muestritas!...

Demetrio cogió las tijeras y cortó seis ó siete pedacitos de los percales más vistosos. Algún ángel bueno le trajo á esta sazón á la memoria que Lola se quejaba de jaqueca el jueves último, y cogiendo la oportunidad por los cabellos, dominando su cortedad por un esfuerzo supremo de energía, como el que ahogándose en el fondo

se eleva á flor de agua de una patada en la arena, preguntó balbuciente á doña Felipa, á la vez que apartaba las telas para ladearse y disimular su turbación:

—¿Y cómo está Lola de sus dolores de cabeza?...

—¡Regular!...—replicó doña Felipa. ¡Es menester que sepa usted que siempre anda malucha!...

—¡Lola debiera cambiar de vida, siguió Demetrio, dispuesto á soltar un reguero de ados é idos.—¡Bueno es que sea hacendosa y mujer de su casa... pero... ¡Hay que darle al cuerpo lo suyo... y al alma... pero todo equilibrado... medido... porque si no se le dá medido... ¡Vamos!... A Lola le conviene salir, hacer ejercicio, tomar el aire...

Demetrio se atragantó al llegar aquí y se enredó en sus equilibrios y en sus medidas. Doña Felipa, á quien ya le ardía en la boca la lengua, aprovechó la pausa para decir con su muletilla habitual:

—¡Pues es menester que sepa usted que siempre la estoy predicando eso

mismo: ¡que salga á paseo, que por qué no va á reuniones... ¡Desde que Juanita se casó no ha vuelto á pisar Recoletos!...

Doña Felipa se quedó tan fresca y tan orgullosa después de soltar semejantes preceptos higiénicos. Demetrio se decidió al fin, y con voz oscura, ardiéndole las mejillas, bañada la frente de una llovediza de sudor, sintiendo los golpazos que el corazón le sacudía en el pecho, exclamó desatinado y trémulo, más afanoso que nunca en arreglar los percales y sin atreverse á mirar á su interlocutora:

—¡Lola es de lo que no hay, doña Felipa!... ¡Esos son ángeles enviados por Dios á la tierra... ¡Mujeres así hacen la felicidad del hombre que las halla en su camino!...

Demetrio se detuvo en sus académicas imágenes asustado de su propia osadía. Doña Felipa no pronunció una sílaba fingiendo examinar con suma atención yo no sé qué revoltijo de lienzo, que los dependientes habían dejado sobre el mostrador para arreglarlo después de comer, pero aparentando

no interesarle lo que Demetrio hablaba, seguía con angustia sus palabras, desparramándose por la cara de la buena señora, esa emoción luminosa que se asoma al rostro cuando por dentro resplandece la alegría. Ya no era posible retroceder y armándose Demetrio del valor desesperado de los tímidos cuando se encuentran sin retirada, exclamó queriendo echarlas de humorista y chancero, pero desmintiendo sus frases con el acento de verdad que se le escapó á borbotones de la boca:

—¡Voy á hacer el amor á su hija de usted... á ver si me quiere y me caso con ella!...

Doña Felipa aguardaba algo, pero no tan brusco, y realmente sorprendida miró á Demetrio, que se esforzaba por aparecer burlón sin considerar que su alma sería y honrada le desmentía desde los ojos. El entendimiento de doña Felipa era la propia bruma pero con la astucia ingénita en la mujer, comprendió que no debía descubrirse y exclamó afectando mucha risa:

—¡Ji... ji... ji!... ¡Qué bromista es

usted!... ¡Al demonio se le ocurre!...

—¡Pues como usted lo oye!... siguió Demetrio enardecido... ¡Por supuesto que cuento con su ayuda desde luego!... ¡Digo, yo creo que no me dará usted calabazas!...

Doña Felipa se formalizó un poco al notar que aquello iba de veras y aunque sin dejar el tonillo de bulla, replicó:

—¡Es menester que sepa usted que yo me consideraría muy honrada en ello!...

—¡Es que hablo en serio!... señora.

—¡Y yo!...

—¡Pues la cojo á usted la palabra!...

Demetrio se sentía casi malo por su audacia... ¡Dios mío!.. ¡Y no se había acordado de hablar á doña Felipa de la dichosa carta que Lola tenía en su poder!... ¡Era preciso dejar aquel punto para mejor ocasión!... ¡Le faltaban ya ánimos para acabar de descubrir su pensamiento!... ¡Y aunque hubiera querido!... En estas los dependientes concluyeron de comer y bajaron á la tienda ¡Imposible seguir tal coloquio delante de testigos!... Entonces doña

Felipa despidióse y se marchó, llevándose las muestras envueltas en un papel, y Demetrio, alterado aun por la batalla reñida en su espíritu, se quedó detrás del mostrador acariciando en su mente el reflejo de la esperanza, que se la llenaba con su tenue luz de amanecida.



CAPÍTULO XVI

Loca de júbilo por la espontánea declaración de Demetrio, encaminóse á su casa doña Felipa ansiando volcarle á Lola cuanto el comerciante le había dicho y resuelta á exigirla que aceptase el amor que el buen tendero la brindaba. Pensando como siempre, y en primer lugar en sí propia, veíase ya doña Felipa dueña del comercio, asegurando su porvenir, sin tener que pensar con pavor en el día en que su hermano mu-